

| | |
|--|----|
| PANTALEON TOVAR.—A una niña llorando por unas flores. | 70 |
| MARIANO SANCHEZ.—Fragmento de un drama..... | 71 |
| JOSE GONZALEZ DE LA TORRE.—La dicha..... | 73 |
| JUAN ANTONIO VARGAS.—En la úl- tima página del Quijote. | 74 |
| JOAQUIN TELLEZ.—A un ramo de flores..... | 75 |
| MARCOS ARRONIZ.—A las flores..... | 76 |
| JOSE ROSAS MORENO.—El trabajo... | 77 |
| JULIO ESPINOSA.—A la luna..... | 80 |
| JOSE JOAQUIN PESADO.—El cariño anticipado..... | 81 |
| JOSE SEBASTIAN SEGURA.—Francis- ca de Rimini..... | 82 |
| MARIANO BEJARANO.—Una historia. | 83 |
| RICARDO DOMINGUEZ.—El nido..... | 84 |
| RAMON ALDANA.—Cristóbal Colón.. | 87 |
| Napoleon III..... | 88 |
| JOAQUIN VILLALOBOS.—A tí..... | 89 |
| FRANCISCO GONZALEZ FERNANDEZ.— El pasado..... | 91 |
| FRANCISCO ICAZA.—Cruces..... | 93 |
| FRANCISCO J. ARREDONDO.—Mi ma- dre..... | 94 |

RAFAEL B. ORTEGA
EDITOR.

EL PARNASO MEXICANO

IGNACIO MONTES DE OCA.

Es propiedad del editor, quien la tiene asegurada confor-
me á la ley.

Distinguidos literatos que tienen la bondad de colaborar en esta publicación.

SEÑORAS.

Esther Tapia de Castellanos.—Laureana Wrioth de Kleinhans.—Laura Mendez de Cuenca.—Refugio Argumedo de Ortiz.—Refugio Barragán de Toscano.—Mateana Murguía, V. de Stein.—Dolores Correa Zapata.

SEÑORES.

Ignacio M. Altamirano.—Manuel Peredo.—Ignacio Montes de Oca.—Guillermo Prieto.—José M^a Vigil.—Luis G. Ortiz.—José T. de Cuellar.—Francisco Sosa.—José Peon y Contreras.—Julio Espinosa.—Antonio Cisneros Cámara.—José M^a Bandera.—Salvador Diaz Mirón.—Hilarión Frias y Soto.—Justo Sierra.—Manuel Gutierrez Nájera.—Agapito Silva.—Juan de Dios Peza.—Ramón Rodríguez Rivera.—José M^a Rodríguez y Cos.—Federico C. Jens.—Ovidio Zorrilla.—Manuel Gutierrez Zamora.—Emilio Fuentes y Betancurt.—Enrique de Olavarría y Ferrari.—Joaquín Trejo.—Javier Santa María.—Francisco Ortiz.—Juan A. Mateos.—Gustavo A. Baz.—Rafael de Zayas Enriquez.—Manuel M^a Romero.—Manuel Lizarriturri.—Miguel Portillo.—Rafael Lopez de Mendoza.—Enrique Gorrostieta.—Ricardo Cellard.—José M^a Ramirez.—Manuel de Olaguibel.—Francisco V. Lara.—Julio Zárate.—Manuel E. Rincón.—Juan de D. Villalón.—Eduardo del Valle.—Eduardo Noriega.—Enrique Ezequiel Perez.—Juan B. Garza.—Manuel J. Othon.—José Sebastian Segura.



Ilmo. Dr. IGNACIO MONTES DE OCA.
(Ipandro Acaico)

EL
PARNASO MEXICANO

IGNACIO MONTES DE OCA

(IPANDRO ACAICO.)

Su retrato, rasgos biográficos y poesías escogidas
de varios autores,
coleccionadas bajo la dirección del

General D. Vicente Riva Palacio,

POR

FRANCISCO J. ARREDONDO

SEGUNDA SERIE

LIBRERIA LA ILUSTRACION.

12-PRIMERA DE SANTO DOMINGO-12

México 1º de Abril de 1886.

un detenido estudio de las producciones del Sr. Montes de Oca, ni bosquejar, tal cual quisiera, su biografía. Apuntaré, pues, aquellas noticias indispensables en un trabajo como el presente, y dejaré para ocasión más propicia el desempeño de la tarea que con gusto acometería desde luego.

Hijo del sabio é integérrimo abogado D. Demetrio Montes de Oca, de grata memoria en el foro guanajuatense, y de la distinguida Sra. D^a María de la Luz Obregón, nació en la ciudad de Guanajuato, capital del Estado del mismo nombre, el día 26 de Junio de 1840.

En 1852 pasó á Inglaterra, en donde hizo con éxito brillante los estudios preparatorios, regresando á su patria cuatro años despues, para tornar á poco á Europa. Cursó en Roma las materias eclesiásticas y se graduó de doctor en Teología, en 1862. Por Febrero del año siguiente recibió el orden del presbiterado, y en 1865 el título de doctor en ambos derechos.

En Roma fué capellán de las tropas pontificias y camarero secreto de Pio IX; en Inglaterra desempeñó el curato de Ipswich, y al regresar á la patria ob-

tuvo el nombramiento de cura de Guanajuato, y mas tarde el de capellán de honor de Maximiliano.

Preconizado primer obispo de Ciudad Victoria ó Tamaulipas, el 6 de Marzo de 1871, fué consagrado por el Pontífice mismo, y vino en seguida á tomar posesión de su diócesi el 6 de Junio del propio año.

No entrando en el plan de este escrito, según queda dicho, narrar extensamente la vida del Sr. Montes de Oca, me limitaré á decir que llenó tan cumplidamente su misión episcopal en Tamaulipas, que no sólo practicó dos veces la visita general del Obispado, tres la mayor parte del mismo, y cinco la de las principales ciudades, sino que levantó desde los cimientos el Seminario Conciliar, y dió comienzo á la construcción de la Catedral.

De Tamaulipas fué trasladado á Nuevo Leon, y de esta diócesis á la de San Luis Potosí que actualmente gobierna, con retención de la mitra de Monterey. El Sr. Montes de Oca ha puesto, por donde quiera, el más vivo empeño por difundir la ilustración, se ha hecho amar como virtuoso prelado, y ha obtenido

triunfos espléndidos como orador sagrado. Buena prueba dán de esto último, los tres tomos que lleva publicados de sus *Obras pastorales y oratorias*, en las que resplandecen no solo la unción del apóstol, sino las más hermosas galas de la elocuencia académica.

El renombre de que, en el país y en el extranjero, disfruta el Sr. Montes de Oca, está sólidamente fundado en sus producciones literarias que le han abierto las puertas de ilustres academias como la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, la Real Academia Española y otras.

En 1877 apareció su versión castellana de los *Poetas Bucólicos Griegos*; en el año siguiente sus *Ocios Poéticos*, y en el de 1882 la traducción de las *Odas de Pindaro*. De estos tres libros de que con justicia se enorgullecen las letras mexicanas, existen excelentes juicios críticos de doctos escritores académicos como los Sres. Menendez Pelayo y Caro.

La estrechez forzosa en una publicación económica del género de la presente, impide presentar gran número de las hermosas poesías originales y traducidas que forman la valiosa colección

del sabio obispo. Sin embargo, como no hay persona ilustrada que no las conozca todas, las aquí reunidas bastan para tributar un homenaje á su esclarecido autor, gloria del Parnaso.

México, Marzo 17 de 1886.

FRANCISCO SOSA

IGNACIO MONTES DE OCA.
—(IPANDRO ACAICO.)
—

EL MAR.

¡El mar, el mar! ¡Con qué placer respiro
Del fresco mar la perfumada brisa!
Juega en mis labios plácida sonrisa
Cuando sus olas levantarse miro.

¡El mar, el mar! ¡Cuán dulce á mis oídos
Ese bramido furibundo suena!
¡De cuanto gozo mi ánimo se llena
Al escuchar del viento los silbidos!

¡Como del agua la color oscura
Herida por el sol, bella se esmalta!
¡Con qué primor sobre su azul resalta
De la flotante espuma la blancura!

¡Como las ondas pavorosas ruedan,
Y unas tras otras á estrellarse locas
Con estrépito vienen en las rocas;
Luego tranquilas cual espejo quedan!

¡Como las barcas frágiles se mecen
Llevadas por el húmedo elemento!
Hincha sus lonas favorable viento
Y allá en el horizonte desaparecen.

Otras naves con mástiles desnudos,
De humo arrojando nube voladora,
Vuelven al Aquilón su fuerte prora
Y osadas vencen sus empujes rudos.

De mil y mil cañones erizada
A lo lejos se eleva pintoresca
Del castillo la forma gigantesca
Con su alta torre por el sol dorada.

Siglos y siglos el peñasco fuerte
En que su mole inmensa se reposa,
Desafió la tormenta que horrorosa
Esparce en torno pródiga la muerte.

¡Ay! yo tambien á desafiar en breve
El tempestuoso mar voy arrogante;
Mas ¿qué es mi barca á su furor delante?
¿Quién con las ondas á luchar se atreve?

Tan sólo tú, Señor, que en Tiberiades
Aplacaste las olas y los vientos,
Puedes domar los fuertes elementos
Y sosegar las bravas tempestades.

Escucha tú mi súplica ferviente;
Ve mi esperanza firme y mi fe viva:
Manda que el mar tranquilo me reciba
Y me lleven sus olas blandamente.

¡Estrella del Océano! que guías
En la borrasca al infeliz marino,
Resplandeciente alúmbrame el camino:
De las borrascas sálvame bravías.

Haz que en el Vaticano Santuario
Presto te eleve mi cración ardiente,
Y que se postre mi devota frente
De Cristo ante el Santísimo Vicario.

AL RÓDANO.

¡Oh Ródano afamado,
Oh caudaloso río,
Más rápido que el viento
Y el huracán temido!

¡Con qué placer tus aguas
Embelesado miro
Regar mil y mil campos
De vides y de olivos!

De fértiles colinas
Ya bañas fugitivo
El pié, que llena Agosto
De pesados racimos,

O ya la orilla lames
De llanos infinitos
Do brota el rico grano
Del Indostán traído.

Tal vez en tu ribera,
De algún feudal castillo
Descúbrese entre musgos
El torreón sombrío;

O tal vez, en dos brazos
Tu cauce dividido,
Algún ameno islote
Se mira de improviso.

¡Cuán bellos son tus campos
En el Abril florido!
Tus márgenes feraces
¡Cuanto en Otoño admiro!

El zagal abrasado,
¡Con cuánto regocijo
No salta entre tus ondas
En el ardiente Estío;

O de la luna triste
Bajo el rayo tranquilo
Sobre ellas se desliza
En frágil botecillo!

Pero también ahora,
¡Oh Ródano divino!
También eres hermoso
En el Invierno impío.

Ya ardiente las entibie
Del sol el fuego vivo,
O ya sobre ellas floten
Hielos endurecidos;

Ya guarden en su curso
Los límites prescritos,
O inunden los feraces
Campos circunvecinos;

Tus ondas siempre ofrecen
El plácido atractivo
Que pródiga Natura
Te dió desde el principio:

Y al paso que deleitan
Con su correr continuo
Los ojos del viajero
Que admírate embebido,

Excitan en el alma
Recuerdos los más vivos
De edades muy remotas,
De tiempos muy antiguos;

Allá cuando sentiste
Peso desconocido
Y cubrieron tus aguas
Mil Aticos navíos;

Y viste en un momento
En tu márgen florido
Alzarse mil ciudades
Y teatros y circos.

De Rómulo llegaron
Después los bravos hijos,
Y en tu orilla erigieron
Muros y templos ricos.

Cuando la vista absorto
En tu corriente fijo,
De Aníbal la bravura
Me pasma; y me imagino

Que veo al renombrado
Cartaginés invicto
Cruzarte con su inmenso
Ejército aguerrido.

Sus Púnicos infantes
Paréceme que miro:
Sus bárbaros ginetes,
Sus elefantes indios.

¡Ay! ¡Quién escenas tantas
Como tú hubicra visto!
¡Quién, los hechos gloriosos
De que has sido testigo!

De férvidos cristianos
Los hórridos mártirios,
Y de ínclitas ciudades
Los inmortales sitios;

De ejércitos valientes
Combates infinitos
De que solo la fama
Llegó á nuestros oídos,

Todo lo presenciaste,
Afortunado río:
Felicidad tamaña
¡Cuanto, cuanto te envidio!

De cadáveres nobles
Tambien te viste henchido,
Que arrojara á tus ondas
Escandaloso siglo;

Y vistes á tus peces
Avidos engullirlos,
En veneno trocando
Su cuerpo apetecido.

En estos gloriosos
Pensamientos me abismo;
Y ni temo las nieves
Ni siento el crudo frío:

Mas mientras en la remota
Antigüedad medito,
Recuerdo involuntario
Oprime el pecho mío.

Recuérdanme esas nieves
Las que en los altos riscos
De mi adorada patria
Cubren rocas y pinos;

Las que coronan bellas
Al Orizaba altivo
Cuya sublime cumbre
Alcanza al cielo mismo;

A esa montaña excelsa
Que, el faro ya perdido
Que á Veracruz alumbra
Desde el fuerte castillo,

Su frente gigantesca
Mostraba y albo *Pico*
Al alejarme triste
De mi suelo natío.

IMITACION DE HORACIO.

Otros celebren
 A Roma santa;
 A augusta Lóndres;
 A insigne Mantua;
 A la opulenta
 Perla de Francia,
 O á la señora
 Que rodéada
 De las azules
 Ondas del Adria,
 Se dice hermosa
 Reina de Italia.
 Vense poetas
 Que siempre cantan

Las hermosuras
 De su Granada;
 Con su soberbia,
 Sin par Alhambra,
 Y aquella amena
 Vega encantada
 Que mil preciosas
 Flores esmaltan.
 Mas ni Florencia
 Tanto me agrada
 Sobre sus verdes
 Campos sentada
 Que el Arno manso
 Tranquilo baña;
 Con mil jardines
 Engalanada,
 Y con marmóreas
 Ricas estatuas
 Que se contemplan
 En cada alcázar;
 Ni las famosas
 Suizas montañas
 Que hasta las nubes
 Sus cumbres alzan,
 Cubiertas siempre
 De nieves blancas,
 Mientras azotan
 Sus verdes faldas
 De lagos puros

Las ondas claras;
 Como los montes
 Que de mi patria
 El suelo cubren
 Con oro y plata
 Que arrojan todos
 De sus entrañas.
 Mi humilde suerte
 Yo no trocara
 Con la opulencia
 De cien monarcas,
 Cuando me encuentro
 Junto á la clara
 Fresca laguna
 Que con sus aguas
 Mi sed primera
 Dulce apagara:
 Hermoso es verlas
 Cuando retratan
 A la apacible
 Luna argentada,
 Que temblorosa
 Su luz derrama
 Sobre las quintas
 Y las cabañas,
 Que graciosas
 En torno se alzan.
 Mas cuando dora
 Risueña el alba

Los arroyuelos
 Que entre escarpadas
 Peñas y riscos
 Veloces bajan
 Sus puras linfas
 A regalarla;
 No hay en la tierra
 Región humana
 A que pudiera
 Ser comparada:
 Tívoli misma
 Con sus cascadas,
 En atractivos
 No la igualara.
 Venid, amigos,
 A mi morada:
 Humilde mesa
 Ya nos aguarda;
 Y aunque sin ricas
 Suntuosas viandas,
 Veréis los vinos
 En abundancia;
 Y entre las flores
 Y ricas dalias,
 Llena la copa
 De buen champaña,
 Queden las penas
 Allí olvidadas,
 Y los dolores

Del pecho salgan:
 Risa tan sólo,
 Placer y holganza,
 Hallarse deben
 Donde sus gracias
 Naturaleza
 Pródiga ufana;
 Y á manos llenas
 Siempre derrama
 Tanta hermosura,
 Belleza tanta.

LA VIOLETA DEL TAMESÍ.

Violeta pálida
 Que airosa brillas
 En las orillas
 Del Pó y Genil,
 ¿Por qué raquítica
 Tu faz doblegas
 Acá en las vegas
 Del Tamesí?

¿Por qué tus pétalos
 Abres gigante
 Cabe el distante
 Guadalquivir,
 Y pequeñísima
 Tu azul corola
 Muestras, oh viola,
 Tel Tamesí?

¡Qué! ¿De los trópicos
 El sol fulgente
 Asaz caliente
 No es para tí?
 ¡Riego benéfico
 No te depara
 El agua clara
 Del Tamesí?

De lirio cándido
 Corona hermosa
 De blanca rosa
 Y albo jazmín
 Formaba espléndida
 Gallarda ninfa
 Junto á la linfa
 Del Tamesí,

Y á la aromática
 Guirnalda en vano
 Quiso la mano
 Diestra y gentil
 Con lazo sérico
 Dejar sujetas
 Unas violetas
 Del Tamesí.

Huyendo tímidas
 Del tierno dedo;

Borrando el miedo
 Su azul matiz,
 Cayeron lánguidas,
 Todas marchitas
 Las violetitas
 Del Tamesí.

Antes que rápida
 Las sumergiera
 Corriente fiera
 Las recogí;
 Y entre las páginas
 De libro de oro
 Puse el tesoro
 Del Tamesí.

Secos los cálices,
 Ya sin olores,
 Miré, las flores
 Al oprimir;
 Y contemplándote
 Tan diminuta,
 ¡Oh viola enjuta
 Del Tamesí!

Violeta pálida,
 (Dije) que brillas
 En las orillas
 Del Pó y Genil,

¿Por qué raquítea
 Tu faz doblegas
 Acá en las vegas
 Del Tamesí?

¡Ah! Compadézcote
 Violeta mía:
 Que todavía
 No llega Abril.
 Aun sopla el Abrego,
 Y prematura
 Ya tu hermosura
 Ve el Tamesí.

No gozas, mísera,
 Vida completa,
 Y ya ¡violeta!
 Ser del pensil
 Reina magnífica
 Quieres ansiosa;
 Quieres ser diosa
 Del Tamesí.

¡Oh flor simpática!
 Paciente espera
 Que primavera
 Torne feliz;
 Y á amantes zéfiros
 Nunca respondas

Sin que las ondas
 Del Tamesí
 Temple vivífico

Color süave;
 Mientras el ave
 No cante aquí.
 Entonce admírente
 Más exquisita,
 ¡Oh violetita
 Del Tamesí!

Mientras mortífero
 Reine el invierno,
 Guarda tu tierno
 Tallo sutil;
 Tu vida plácida
 Cuida y conserva
 Entre la yerba
 Del Tamesí.

Y cuando fúlgido
 Despunte el rayo
 Del sol de Mayo,
 Tórnate á abrir.
 Entonces júrote,
 ¡Violeta hermosa!
 Serás la diosa
 Del Tamesí.

A MI LIRA.

¿Por qué, cítara amada,
 A acompañar mis cantos te rehusas?
 ¿Con tu eterno callar, por qué te obstinas
 En alejar de mi mansión las Musas?
 En vano á las Piérides divinas
 Ansioso invoco; y las ardientes preces
 Que escucharon benignas otros días
 En vano les repito; tú enmudeces,
 Y las hijas de Apolo
 De la cítara al són acuden sólo.

¿Por qué conmigo, oh lira,
 Tamafia ingratitude? ¿Qué! ¿No recuerdas
 Con qué entusiasmo en épocas mejores
 Pulsé afanoso tus sonoras cuerdas?
 ¿Cuanto, oh lira, te amé! De noche y día
 En tí solo pensaba; y por tañerte,
 Libros, amigos, todo abandonaba;
 Y en más que los laureles de un guerrero,
 Y en más que de un monarca la corona,
 En mi ciego entusiasmo te preciaba.

Pero el Señor habló. “Deja (me dijo)
 Tus fútiles cantares:
 En el silencio y soledad exijo
 Que á ser mi fiel ministro te prepares.
 Bebe la ciencia en los sublimes Libros
 Por mi Divino Espíritu dictados;
 Tu mente en ellos ávida escudriñe
 Los arcanos al hombre revelados.
 Tu cítara abandona; fuerte cíñe
 De sólido saber fúlgida espada:
 Contra el hereje marcha, y al impío,
 Y al orgulloso incrédulo anonada.
 No de profanos vates
 Como hasta aquí lo hiciste, los poemas
 Con tal veneración iluso acates.
 Tú, que no ya mi siervo, sino amigo
 En llamar me complazco; tú que al cielo
 Mil almas conducir debes contigo,
 Es fuerza que más alto alees el vuelo.”

Dijo: y á sus mandatos obediente
 Al punto te colgué. ¿Con cuánta pena!
 Tú lo sabes, oh lira! Tú mi frente
 Nublarse viste, y en amargo llanto
 Mis mejillas bafiarse, al despedirme
 De tí, mi dulce bien, mi único encanto.

Por largos años á tus cuerdas de oro
 No arranqué ni un sonido: el Sol de Aquino,
 Crisóstomo, Gerónimo, Agustino,
 Fueron no más mi estudio y mi tesoro.
 ¿Cuántas veces con ímpetu violento,
 Loco por escuchar tus melodías,

Al sáuce me arrojé, de cuyas ramas
 Pendiente te mecías;
 Y al recordar de Dios el mandamiento,
 De nuevo te dejé á merced del viento!

Sí: yo te abandoné; que por entonces
 Al dulce canto despegar los labios
 El cielo me vedaba; mas ahora
 Que ya de Roma los adustos sabios
 El premio á mis fatigas concedieron,
 Y mi cansada frente
 Del anhelado lauro al fin cifieron,
 Hoy me es dado cantar. ¡Y hoy que en las ve-

gas.)

Del Anio te descuelgo, y al estudio
 Dando treguas, un cántico te pido,
 Tú desdeñosa un cántico me niegas!
 ¡Resuena, lira mía! No prelude
 Sobre tus cuerdas cantilena indigna
 De un ministro del cielo: no de amores
 Fútil canción modulo; ¿cuándo nunca
 A una beldad de barro ofrecí flores?
 ¡Ea, lira, resuena!
 Cantemos al Señor: su nombre santo
 Ayúdame á ensalzar; el aire llena
 De celestiales notas; que mi canto
 Desdeñando sublime el triste suelo
 De hoy más á Dios remontará su vuelo.

A UN GENERAL.

Sigue blandiendo tu brillante acero
 Del malvado terror, gloria del justo,
 Con ese brazo intrépido y robusto
 Del asesino espanto y del guerrero.

Blándelo, sí; mas no de Marte fiero
 El bélico fragor é infando susto
 A la mansión de paz lleves adusto,
 Ni del rebelde huellas el sendero.

Sírvate solo tu gloriosa espada
 Para guardar los plácidos hogares
 De la ciudad á tí y á mí confiada.

Y el que anudaron los paternos lares,
 Vínculo dulce de amistad sagrada,
 Al arrullo estrechemos de los mares.

AL VESPERO.

¡Estrella de la tarde, astro de amores,
Cuán refulgente brillas! ¡Ay! No en vano
Luz de Citéres te llamó el pagano
Al contemplar tus vivos resplandores.

Del gentilismo huyeron los errores;
Y ojo, lumbre, destello soberano
De la Virgen Deípara, el cristiano
Te apellida, cantando tus loores.

¡Véspero! que del bosque entre las hojas
Mil veces alumbrándome el camino
Calmaste mis afanes y congojas:

Cuando á cruzar el mar voy peregrino,
No ocultes, por piedad, ese que arrojas
Sobre las aguas, esplendor divino.

JOSE JOAQUIN PESADO.

(Traducción.)

CANTOS DE NETZAHUALCOYOTL,
REY DE TEXCOCO. *

I

Lamenta sus de gracias cuando huía perseguido
del rey de Atzacapotzalco.

No bien hube nacido
Y entrado á esta morada de dolores,
Cuando sentí mi corazón herido
Del pesar con los dardos punzadores.

Crecí con afán prolijo,
Y al verme sólo prorrumpió mi labio:
¿Qué hace en la tierra desvalido el hijo,
Si no lo sabe guiar consejo sabio?

Vive el hombre en el mundo,
Y vive condenado al sentimiento;

* Floreció en el siglo XV de la era vulgar.